

No 861
U



PQ7297
.47
v4

FOND. 00
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



UN prólogo, un prólogo más! ¿Hay quien todavía lea prólogos? Lo dudo; por lo menos no es temerario afirmar que los autores están en mayor número que los lectores de prólogos. Yo que nunca me he hallado entre los últimos, he aspirado á no contarme jamás entre los primeros; algunos prólogos he prometido, pero he tenido siempre la aparente mortificación y la satisfacción íntima de faltar sin remordimiento á estos compromisos. Afortunadamente, si los literatos pasamos por poco formales, desde el advenimiento del Duque Job, el *poco* ha desaparecido; con esto ha hecho un bien inmenso á la especie entera; el Duque merece una estatua; ya nadie cree en nuestras promesas. Cuántos de nosotros hemos visto desaparecer, gracias á él, de nuestro horizonte (sea así por siempre) las solicitudes de prólogos y los nombramientos de poetas en las fiestas cívicas. ¿Y los albums? Se eclipsarán también los albums? Hágalo el

cielo. Por desgracia este espantoso género de tortura ha sobrevivido á la informalidad redentora de nuestro Job. Pero tengamos fe en nuestro amigo; si se necesitara un esfuerzo supremo él lo hará.

Y así se deslizaba mi vida, cuando Luis Urbina me pidió un prólogo para sus versos. Ay! y esos versos me gustan tanto; emana de ellos un fluido simpático tan penetrante, tan dulce; hay en el fondo de su decorativa y elegante melancolía de poeta de veinte años, una tristeza tan cierta, la que brota en los corazones delicados del roce persistente con el inartístico naturalismo de la vida, el cual acaba por ser poético á fuerza de ser doloroso y sofocante, que me encontré perplejo; y luego, la súplica era tan modesta, tan cordial, que tras encontrarme perplejo, no tuve valor para decir *no* inmediatamente... y esta es la historia de este prólogo, que por fortuna solo será leído por el poeta, uno que otro candoroso aficionado, y nada más; porque yo me propongo no leerlo. ¡Oh! no.

Debe de haber algún libro que se ocupe en el *Arte de hacer Prólogos*; debe de conocerlo Maximiliano Baz, que sabe de todos los libros que existen y van á existir; no he tenido tiempo de consultarle, y héteme obligado á hacer solo mi receta. ¿De qué se compone un prólogo para un tomo de versos? Un elogio del poeta es la urdimbre, y la trama una profesión de fe ó teoría estética más ó menos traducida del alemán por conducto del francés, y apropiada al caso con mayor ó menor arte. Esto es; ¿no es cierto?

Pues bien; mi interesante y poco difícil descubrimiento, me condujo á un abismo de irresolución. No encontraba, [y al fin de estos mal peinados renglones mis cuatro lectores abundarán en mi opinión] no encuentro camino que no revele demasiado á las claras mi natural torpeza para salir del zarzal en que me he metido. Primero porque no necesito elogiar los versos de Urbina; es mejor leerlos. ¡Ay de los versos que no se elogiën solos! Esos no sobreviven á los prólogos amistosos. Y segundo, yo no tengo teorías estéticas: conozco las más, he comprendido las menos, y en la práctica las olvido todas y me atengo á mis impresiones. ¿Qué hacer? Contar mis impresiones al través de los versos de Urbina; falta averiguar á quién diablos podrá interesar esto.

Luis Urbina es un poeta ¿no es cierto? Escuchad:

Soy un ave caída en los inmundos
fangos del mal desde las altas frondas;
llevo en el alma abismos muy profundos
y tristezas muy hondas.
He bajado á las simas y mansiones
oscuras del dolor; desde temprano
contemplé las horribles convulsiones
del sufrimiento humano.
Voy por la senda del pesar eterno
sin amor, sin apoyo, y sin auxilio;
no tengo como el Dante en este infierno
Ni Beatriz ni Virgilio.....

Quien ha escrito estas estrofas sabe sentir, sabe decir lo que siente.

¿Qué cosa es un poeta?

Aventuremos una definición; será la única. Un poeta es aquel que por medio de la palabra, musicalmente dispuesta sabe comunicar el placer de lo bello.—No teman mis supuestos lectores. No voy á analizar el placer estético, ni, con este motivo, á rehacer alguna de esas desacreditadas teorías aprioristas como las de Schelling ó Hegel; ni á mostrar con la escuela moderna cómo el placer de lo bello se descompone en series de tendencias, de apetitos, de instintos, de emociones, á semejanza de todos los estados de conciencia, cuya raíz se sumerge en las más profundas manifestaciones de la vida.—No; me basta saber que cuando digo *el placer de lo bello*, nos entendemos; si tratáramos de explicarnos, esta inteligencia concluiría probablemente.

Esa tentativa de definición de poeta, es todo mi prólogo, es la definición de Urbina.—Veámoslo.

Cómo comunica un poeta el placer de lo bello? Sintiéndolo primero; el eterno *si vis me flere*.—Urbina siente. Siente, es decir: ve y comprende la naturaleza. “Soy muy fuerte, decía Teófilo Gautier, llego á quinientos en el dinamómetro, hago metáforas que se ligan y veo el mundo material;” parece muy sencillo ver el mundo material, y pocos escritores han logrado esto; se ve mal al través de un prisma, aunque se vea todo engastado en la maravillosa aureola del iris, y pocos poetas pueden prescindir del prisma; ven al través de un recuerdo, de un dolor, de una ilusión; á veces á través de un verso ageno: ver el cielo ó el mar á través de Hugo; los valles y los

lagos á través de Lamartine ó Núñez de Arce: las mujeres á través de Byron, de Musset ó de Espronceda, y la naturaleza á través de Leopardi, como se ve el sol por entre un cristal negro, es propio de los poetas de nuestro tiempo.—Y no digo que Urbina haya podido (quién ¡ay! lo habrá logrado,) verlo todo directamente; pero algunas veces sí se siente bullir en la imagen la sensación directa de las cosas:

Vuelvo á mirar mi barca
Sobre las olas
En esas noches tristes
Llenas de sombras;
Llenas de sombras
Que el faro desgarraba
Sobre las rocas.

En otros versos pinta un cuadro, que es un rápido trasunto de la realidad bien vista:

La ventana ruinosa
Do mi primera novia me besaba;
La iglesia de mi barrio, silenciosa,
Triste, churrigueresca,
Con su nave elevada y gigantesca,
Su pórtico de toscas esculturas,
Y sus torres hermosas
Recortando, pesadas y angulosas,
El trasparente azul de las alturas.

Y poco más adelante, habla de los rayos del sol cayendo ora sobre las cabezas de los atentos niños,

Ora por los rincones
Iluminando solitarios bancos,
O ya sobre los negros pizarrones
Llenos de líneas y guarismos blancos.

O habla del viento, cuya voz, dice,

Vibraba melancólica,
Con dulce acento entre la verde yedra,
O grave y triste, como voz lejana,
Entre los rotos ángulos de piedra
O el hierro sin color de la ventana.

A cada instante se encuentran en estos versos juveniles fuertes impresiones del mundo exterior que sirven tanto para nutrir la imagen y transmitir la emoción. Hay, pues, un temperamento de artista en nuestro poeta: después de Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera, aquel un gran escultor y éste un músico incomparable, ninguno entre los poetas jóvenes (y digo jóvenes para exceptuar á Fidel, cuyas cualidades de colorista son únicas en nuestra literatura) es más artista que Urbina. Porque no sólo tiene el dón de retener las sensaciones y de escoger entre ellas las mejores, y de convertirlas en imágenes pensadas que ponen al lector frente á frente del objeto, sino que posee el verso, que es aquí el instrumento de arte, lo domina y le hace expresar lo que quiere en un lenguaje rítmico frecuentemente admirable. Ese instrumento es fino y delicado en Urbina, más propio para traducir melodías íntimas y suaves, que esas vastas y fascinadoras *sonoridades* de la expresión y el sentimiento. Pero siempre está en tono, siempre acaricia al oído, es como la voz un poco femenil, pero exquisita, de un tenor adolescente; voz destinada á cantar

Cual cantaban antiguos trovadores
En dulce mandolín sus cantilenas.

El tiempo dirá si el canto de Urbina llegará á dominar las grandes masas corales é instrumen-

tales de la poesía moderna; lo que sí es cierto, es que el arte de expresar musicalmente, no tiene ya secretos para él.

Versos como éste:

Las glorias del amor vuelan de prisa;
Siempre hay una beldad llorando á un bardo;
Julietta que se queja con la brisa,
O la nevada toca de Eloisa
Sobre el yerto sepulcro de Abelardo.

Leed, si no, estos versos:

En las leyendas famosas
De los años infantiles
Do surgen niñas gentiles
Del pétalo de las rosas;
Donde azules mariposas
Truécanse en corte real,
Y en que, como en un fanal,
En la torre alta y lejana
Hila una hechicera anciana
En su rueca de cristal.....

Allí las he visto; aladas,
Nebulosas, peregrinas,
En las penumbras divinas
De las cosas encantadas.
Genios misteriosos, hadas
Que dibujan en la bruma
El castillo que se esfuma
En los oscuros confines
Y se cubre de jardines
Como las ondas de espuma.

Juan Peza, que estimuló cariñosamente los primeros ensayos de Urbina, á pesar de su maravillosa facilidad, no haría décimas más fluidas y melodiosas que éstas. Y como estos versos, hay

muchos en la obra de nuestro amigo; los que no son así, son excepciones.

Ahora me diréis; ya sabemos que sabe reproducir sensaciones en un lenguaje poético: ¿es un poeta? Los poetas hablan en imágenes. Así habla Urbina. Permitid dos ó tres ejemplos, á más de los que conocéis:

A veces el viento lleva
en sus transparentes alas,
tañidos graves y tristes
de las solemnes campanas;
notas de cristal, preludios
de cantos y serenatas.
ayes misteriosos y ecos
de dulcísimas plegarias.

Y éste de *La última serenata*:

Como un nimbo de luz, un fino encaje,
movido á veces por su aliento flébil,
ornando su cabeza,
y envuelto en blanco y vaporoso traje
el cuerpecito enflaquecido y débil.

En el capricho intitulado *Llueve!* y dedicado al genial artista Juan Gamboa, hay versos como éstos:

Sobre los rústicos techos
De las cabañas, se enciende
Fugitiva luz; á trechos
Con raro fulgor espelnde
La negra cinta del río
Que cruza cantando el monte,
Cuando en el azul sombrío
Del fondo del horizonte,
El relámpago desata
Su ala inmensa que parece
Una lámina de plata
Que brilla y se desvanece

Y estos otros:

Cuando en mi oscura memoria
La frase brillando queda,
Como en un girón de nube
El reflejo de una estrella,
Es porque bajó tan hondo
La inspiración á cojerla,
Que en esa frase palpita
El corazón del poeta.

Pero los citaríamos todos. Sí, Urbina habla el lenguaje de la imagen admirablemente, y como se ve, no sólo habla, sino piensa en imágenes, y sus imágenes tienen alas. ¿Por qué? Hay poetas que no tienen nada que decir al mundo; modulan frases deliciosas, que pasan sin huella, sin dejar un alma vibrante, sin dar voz á uno de nuestros sentimientos indecisos y flotantes, sin despertar con su chispa eléctrica una de nuestras ideas dormidas. Estos poetas agradables y fugitivos, hacen lo que decía Heine:

De cada pena que siento,
Compongo una cancioncita
Que sonoramente agita
Su plumaje por el viento.

La facultad de hacer una cancioncita con cada pena, equivale á disolver las penas en canciones; porque para que un dolor se convierta en materia de arte, es preciso verlo de fuera, y objetivarlo: esto es dado á muy pocos, porque torna á renovarse el dolor centuplicado por el análisis y esto es atroz; el *Pauca meae* de Víctor Hugo no sólo es la elegía íntima más profundamente dolorosa que ha escuchado nuestro siglo, sino que es un

prodigio como esfuerzo artístico; los poetas que tienen la facilidad de multiplicar estos esfuerzos tienen la sensibilidad en la epidermis del alma, por decirlo así; de allí la cancioncita de Heine. Pero si estas cancioncitas son átomos volatilizados de un gran dolor, si después que brotan y vuelan, puede decir el poeta como Urbina dice:

Y sin embargo, en el fondo
Cuántos dolores se quedan,
Sin expresión, tan intensos
Que no caben en la idea,
Porque son deseos vagos,
Aspiraciones inmensas,
Alas que exploran espacios,
Sueños de cosas eternas,
Nostalgias de extraños mundos,
Citas de lo que no llega

entonces prestamos el oído; entonces la poesía es una de las grandes voces de la humanidad que despierta un eco en lo más hondo de nuestro corazón; entonces el poeta sabe decirnos las dos palabras eternamente nuevas, aunque son de la edad del mundo: *amo, sufro*.

Con qué pudorosa y velada tristeza nos ha dicho esto Urbina, en esas frases suaves y acariciadoras que se confirman tan bien al consejo de Horacio: *dulcia sunt*. Su sensibilidad encuentra notas realmente divinas, por melancólicas, por sinceras; con frases como esta:

Reza por mí; recuerda que tú eras
El culto de mi pecho
Y lámpara encendida ante tus gracias,
Era mi pensamiento,

O esta otra:

Sol de mi cielo, ya no me alegras
Es templo en ruinas mi corazón,
Lúgubre nido de aves negras
Entre las sombras de mi dolor.
Un misterioso rayo de luna,
Pálido y débil hilo de luz,
Esta tiniebla sólo importuna;
Que no se apague.... Es mi fortuna.
Es un recuerdo de juventud.

Y esta última:

Y no estoy solo! te amo, te deseo
Melancólica y dulce poesía;
Claridad de mi espíritu, te veo,
Y te puedo decir lo que decía
Julietta enamorada de Romeo:
"No te vayas, no es tiempo todavía"

Podría componerse, decíamos, con versos de este género desgranados en las composiciones de Urbina, un espléndido rosario de perlas negras.

Ya veis: imagina, siente, hace sentir ¿sabe hacer pensar? La obra suprema del poeta es transmutar una idea en sentimiento ó un sentimiento en idea.... Por esa senda va Urbina, que empieza a vivir todavía.

Su filiación poética (porque no hay poetas de generación espontánea) es clara; proviene de Heine, por medio de Becquer, y de los poetas franceses modernísimos, por medio de Gutiérrez Nájera; pero el poeta se ha desembarazado rápidamente de sus pañales de encaje bordados de oro: aprendió con la seguridad instintiva de su naturaleza de artista *la manera de hacer*, el *procedimiento* que llaman los franceses, y se confió á

sus propias alas. Resultó un poeta romántico. El estado de alma y la expresión apropiada á ese estado que se llama romanticismo, se reproducen periódicamente; subordinar el arte al sentimiento y darle al cabo una nueva forma destinada á su vez á convertirse en clásica, es un fenómeno que se repite en la historia de la cultura humana; y sucede que, en consonancia con la teoría evolucionista que quiere que el individuo en su vida embrionaria resuma la evolución total de la especie, en cada poeta auténtico la evolución literaria se reproduce, y empieza por ser romántico, como han empezado todas las literaturas; como lo fué la Grecia de la epopeya antes de la aparición del poema épico; como lo fué España antes de Calderón y Cervantes, como Francia antes de Corneille y..... Pero aquí voy á naufragar en no sé qué abismo de historia literaria; demos la espalda á la teoría, y contentémonos con afirmar; no faltará ocasión de demostrar: mientras se tarde más, mejor será...

Urbina, (véase su "Última serenata") como poeta de sentimiento puro, no sólo canta la en-decha perenne del sufrimiento indefinido é indefinible, sino que por inconsciente modo reproduce las frases estereotipadas hace medio siglo, de los románticos byronianos:

Y cual nocturnos pájaros los vicios
En mi pálida frente aletearon.

Esta concepción de la vida como una orgía engendradora de la desesperanza y del ateísmo, este culpar al acaso y al mundo del tedio de nuestro

corazón, secado por el placer, son flechas del carcax de Musset y de Espronceda; están ya melladas; pero los jóvenes poetas eternamente recurrirán á ellas; en manos de Urbina son dardos de oro, porque no sabe ser trivial, ni inferior, ni prosaico; y porque pronto encuentra su sinceridad y su potencia.

No ha hecho quizás todavía

Un verso doloroso, y penetrante y triste,
que con inmensa fuerza traspase el corazón

como quería el gran poeta ruso Puchkine, ni su edad es propicia á esas trasverberaciones, lo que sí me es evidente es que bajo tal ó cual dolor ficticio, expresado más ó menos retóricamente, hay un dolor difuso é incurable quizás, que forma como el fondo gris de toda la colección, y que si el poeta algún día se entrega por entero en sus versos futuros, sabrá revelarnos; las amarguras *vividas* están latentes en los infortunios fingidos.

¿Pero decíamos, sabe pensar, sabe hacer pensar? Ya es un tópico este de que la poesía romántica es una poesía de sentimiento, la clásica de pensamiento y la realista de sensación. Todos estos sistemas son absolutos y falsos por ende. Es cierto que la poesía romántica en nuestro siglo vivió de pocas ideas; Víctor Hugo mismo no ha hecho más que desarrollar unas cuantas muy generales y repetidas, en una serie interminable é incomparable de imágenes y rimas.

Mas el predominio de un elemento en un periodo de la evolución literaria, no significa ausencia de los otros. La verdad es que no hay gran

poeta que no sea una síntesis de esos estados de alma. Ya hemos mostrado la aptitud de nuestro poeta para sentir el mundo objetivo, para trasformarlo en imágenes y para comunicarle la vida del sentimiento; la idea apunta en la frente de esas imágenes, como en los celajes altos del crepúsculo la luz del sol que viene.

Leed la poesía que comienza "Qué cansancio, ni gozo, ni padezco" y en ella y en otras, os encontraréis rápidos esbozos de la explicación de los grandes problemas de la vida y del destino, que el poeta se dá á sí mismo.

Urbina no sería de su tiempo si esta explicación, si esta filosofía no tuviera una marcada tinta pesimista. Yo no sostendré nunca que el pesimismo sea bueno; pero es evidente que como idea generadora de poesía es grandioso; mas si no es sincero, si es una actitud, si es una parodia, si es una inferencia que concluye de un pequeño dolor nuestro al dolor del mundo y pretende empapar al Universo con una lágrima de muchacho, entonces es insignificante y baladí. No puede decirse esto de la filosofía que preludia el cantor de "La última serenata;" si pesimismo hay en él, se ve que no se da cuenta de ello, que es espontáneo, que no está sacado de la lectura de Hartman ó de Leopardi.

Quizás mañana lo veamos atravesar en la barca infernal, el aqueronte del pesimismo; tal vez no, tal vez crea y encuentre el Paraíso como el Dante, que es uno de los santos de su *lararium*.

Adviértase que á este poeta debe juzgársele por lo que sus versos anuncian; que aun no ha lle-

gado la sazón del fruto, que está en flor; y es, os lo aseguro, una flor deliciosa y hecha para perfumes inmortales. Siento haberla deshojado un tanto, en las anteriores líneas; pero este vandálico oficio termina ya. Termina, porque si en un prólogo debe haber un análisis, la hora de señalar las deficiencias se acerca. Dejo por eso á otros la tarea. Yo no sé criticar ni siquiera en el buen sentido de la palabra; entre otras cosas porque me lo vedan la sabiduría divina que dijo: tire el impecable la primera piedra, y la sabiduría humana que enseña: cuando tengas tu tejado de vidrio etc. Y quizás ignoren ú olviden los lectores que yo también suelo *padecer* versos.

Y bien; cerremos el prólogo y abramos la mano; ya habeis visto al ave aprisionada, he tratado de haceros admirar la belleza de su plumaje, espolvoreado por el iris de átomos de luz; que recobre su libertad.... que vuele.... que cante.

JUSTO SIERRA

